

# Historia

BOLIVAR

Y LA

SANTA SEDE

Desde 1924 he dedicado largas horas de estudio y reflexión en los Archivos Vaticanos a ese tema casi inédito. Porque se relaciona al Libertador con el 'Monte Sacro' de Roma (es decir con el Palatino) para recordar su famoso juramento, pero se ha desconocido su afán por reanudar con la tumba de San Pedro y con la Silla Apostólica la soldadura perenne e irrompible con que nacieron las Iglesias de América y con que él quiso nacieran las Naciones Sudamericanas. Mi sangre vasca, mi grata estancia en Santa Fe de Bogotá de 1914 a 1918 y mi concepto de la 'Hispanidad' que mira por igual a la América de los Reyes Católicos y a la de San Martín, Iturbide y Bolívar, me han hecho ahondar con cariño y ahinco en ese aspecto del Gran Caraqueño.

El rasgo Vaticanista surge en Bolívar, como en Napoleón, en el arranque de sus victorias definitivas. Para el resplandeciente Primer Cónsul fué inmediatamente después de Marengo, cuando entre 1800 y la paz de Amiens, Europa se le somete y aun parece inclinarse ante él la misma Gran Bretaña; para Bolívar después de Boyacá y antes de Carabobo, cuando el Congreso de Angostura da el fundamento a la Gran Colombia. El genio de Bonaparte, conmovido tal vez en su efectividad por las místicas campanas del Angelus, busca en sus propuestas de acuerdo con Roma hechas al Arzobispo de Milán el cumplimiento

de tres grandes diseños político-religiosos: dar paz a las conciencias de millones de franceses, transtornados aún por los efectos de la gran Revolución; quitar el destello divino de la 'Legitimidad' a los emigrados de Francia, que se aferraban por igual al altar y al trono; y traer a sí, con más derecho que la anglicana Londres, las bendiciones del desarmado pero potentísimo Soberano de las almas. De estas tres fuentes nacieron el Concordato de 1801 y el 'Genio del Cristianismo' de Chateaubriand.

También en Bolívar hay algo más que una mera evocación de su infancia religiosa. El contacto inmediato con los pueblos de la Nueva Granada y Venezuela, le enseñan a gritos aquella realidad que Peñalver, Caycedo y el mismo Roscio le recuerdan entre 1819 y 1820 con machacona insistencia; que Colombia teme más a la excomunión que a Morillo, y que el 'ídolo' de sus corazones es el anciano indefenso de Roma, el Sumo Pontífice: imposible el bien moral de sus pueblos sin el Papa. Pero fuera de esta razón fundamental, todavía más verdadera en Hispanoamérica que en la Francia de Napoleón, el genio flexible y multifacético de Bolívar considera el aspecto internacional de la Emancipación de sus pueblos. Mientras Rivadavia se niega a ir a Roma en tanto que Roma no reconozca la Soberanía de la Confederación del Río de La Plata, el fundador de la Gran Colombia intuye certeramente que la concesión de Obispos por el Papa, será el más efectivo y eficaz de los reconocimientos entonces posibles, pues significaría la negación del vestido y venerable Patronato de Indias: por eso insta por tener Prelados, y sabe urgir certeramente la absoluta necesidad de los mismos en la terrible orfandad de las Iglesias hispanoamericanas. Hay todavía una tercera razón en el rumbo romano de la política Bolivariana de 1820 a 1823: las logias masónicas y el sable de Riego inician en esos mismos años en Madrid una insensata política de persecución de la Iglesia hasta destronar Obispos, saquear conventos y desterrar al Nuncio Mons. Giustiniani. A ese signo antiromano de la Metrópoli, opone Bolívar (como lo hizo contemporáneamente Iturbide en México) la contradanza católica y papalista de los Andes: ¿cómo va a ser esencialmente irreligiosa y disolvente la revolución del antiguo Imperio Español (hace escribir el Libertador) si defiende al Papa y a la Iglesia mientras la Metrópoli los vilipendia?

Bajo la acción de esta triple corriente, la gravitación inicial de Bolívar y la Gran Colombia hacia Roma, halla su fórmula concreta de solución: mientras que envía su primera delegación diplomática ante la Santa Sede (Echevarría, Gutiérrez y por fin a Don Ignacio Tejada, 1822-1823) logra atraer a sí y a la República al obispo criollo de Mérida, hasta entonces brioso realista, y consigue que, no sólo escriba a Pío VII en favor de la emancipación (octubre de 1821), sino que recomiende al mismo la lista de candidatos para las Sedes Vacantes, enviada por el gobierno a su ministro en Roma. Se ha de retener este rasgo interesante para lo que nos queda por decir, pues él dará la solución en el momento más difícil de las negociaciones posteriores. Bien decía Santander refiriéndose en 1822 a ese paso ideado por el Libertador, que el cambio y apoyo de Lasso eran "una suerte loca" para la República.

Queda así delineado claramente el arranque de la política vaticanista de Bolívar: 1820-1822. ¿Qué decir de su curso y desenlace de 1823 a 1830?

En primer lugar que encierra dos fases muy diversas, aunque íntimamente ligadas entre sí: una que va de 1823 a fines de 1827 y puede llamarse con toda razón Napoleónica; y otra, que llena los tres últimos años y se colorea con tintes más bien hispano católicos, 1828-1830. . .

El período de 1823 a 1827 merece el nombre de napoleónico por el marco magnífico de triunfos y de acercamientos federativos en que se desarrolla desde Carabobo al Pichincha, y desde el Chimborazo al Cuzco y a Charcas. Bolívar repite su captación de obispos a lo largo de los Andes; no lo logra por culpa de Sucre, con el de Quito, Santander Villavicencio; no lo logra, sino solamente a medias, con Sebastián Goyeneche, el de Arequipa. Pero lo logra de lleno, y en manera superlativa con el de Popayán, el español malagueño Jiménez de Enciso, y luego con el Vicario Capitular de Trujillo, Pedemonte, y más tarde en modo absoluto con el obispo de Cuzco, Fray Calixto de Orihuela, con el electo de Sta. Cruz de la Sierra, Otondo, y con el gobernador eclesiástico del Metropolitano de las Charcas, Terrazas. Los más de ellos escriben cartas conmovedoras a Pío VII y a León XII recomendando a Bolívar y a su política, y dando en ellas una silueta del Libertador "Católico" que pasma a los Secretarios de

Estado y ayuda de modo inesperado a la negociación diplomática del embajador Tejada 1825-1826.

Y esta estampa favorable del fundador de la Gran Colombia y de Bolivia la confirman los despachos a Roma de Mons. Giovanni Muzi, el primer Delegado Apostólico enviado por Pío VII y León XII a Hispanoamérica 1823-1824. Mientras Rivadavia en Buenos Aires y Pinto en Santiago de Chile hacen fracasar entre escarnios su misión, Bolívar le escribe una reverente carta invitándole a venir al Perú, o, al menos, a pedir al Papa un concordato, logrando de Muzi una "lisonjera" respuesta que el Libertador hace circular por los Andes para satisfacción de sus pueblos. Y cuando, después de Ayacucho, sabe que Muzi retorna a Roma, trata de detenerlo por medio de Pedemonte y del chileno Cienfuegos, con el intento de llevarle a Lima y —si pudiera— al Congreso continental de Panamá, que hubiera así resplandecido con el destello papal. . .

Pero esta resplandeciente política no era napoleónica sólo por lo resplandeciente. Lo era además (la Historia objetiva que esbozo no puede callarlo) por el "virus" semicismático que en su seno llevaba. En ese período Bolívar, mirando con mimo a sus panagiristas liberales y filósofos de Europa y Estados Unidos, rehuye práctica y teóricamente declarar al Catolicismo Romano Religión del Estado (Constituciones de Cúcuta y Bolivia) y apoya en cambio en sus instrucciones secretas a Tejada en Roma y a Pedro Gual en Panamá y Tacubaya, desde 1823 a febrero de 1828, los tres puntos básicos del Concordato "antipontificio" diseñado por el ultraliberal francés Mons. de Pradt: creación por el Papa de un Patriarca en cada Estado de América con poderes de constituir Metropolitanos, sin nuevas consultas con Roma; Item, de Metropolitanos que en América misma preconizaran y consagraran obispos de acuerdo con el Gobierno; y sumisión de todos los Religiosos exentos a esa clase de Ordinarios.

Este peligroso diseño, cuya eficacia presionadora debería redoblar por la aprobación Solidaria del Congreso de Panamá, estuvo cerca de actuarse en 1826, cuando Roma parecía negarse a dar Obispos a Tejada, es decir a realizar el plan inicial mucho más sano y católico del mismo Libertador y de Santander. La aprobación en el Parlamento de Mé-

xicó, la amenazadora nota de Revenga a Tejada el 9 de marzo de 1826 y su confirmación por Bolívar el 15 diciembre de 1826, parecían llegar al borde del cisma. Pero ya por entonces, el paciente y prudente ministro en Roma había salvado la situación. Cuando en el Consistorio del 21 de marzo 1827 León XII preconizó a los Arzobispos republicanos de Bogotá y Caracas, más otros cinco obispos de la Gran Colombia y Bolivia, —y esto de espaldas al Patronato Español—, la batalla diplomática del primer diseño de Bolívar estaba ganada, y con ella vino él mismo a sepultar para siempre el peligro cismático que latía en sus anteriores concesiones liberales y pradtianas. Hay todavía en febrero de 1828 algún eco de ellas, pero quedan sofocadas por el timbre divinamente musical de su brindis bogotano del 28 de octubre 1827 a los nuevos prelados de la Gran Colombia: 'la unión del incensario con la espada de la Ley es la nueva arca de la Alianza'.

Así se explica que la nueva política religiosa del Libertador en el último y trágico trienio de su vida (1828-1830) carezca de desplantes filosóficos y de herrumbres enciclopedistas, y se vista de los sentimientos tradicionalmente católicos de los tres siglos del Patronato y Vicariato del Imperio español. En su famosa carta del 15 de noviembre 1828, que —bajo la influencia de los arzobispos de Bogotá y Caracas y del ministro Estanislao Vergara— venía componiéndose desde el mes de abril, deja a un lado toda reminiscencia del plan semicismático de Llorente y de De Pradt, y suplica al Papa confirme a la República el antiguo Patronato, comprometiéndose a proteger y defender la Iglesia. Y en efec-

to, los decretos - leyes de su dictadura contra la enseñanza universitaria de Bentham, contra los libros impíos y contra las Sociedades secretas, que van de julio a noviembre 1828 antes y después del atentado, miran a aquella defensa. A su vitalidad y desarrollo se enderezan, en cambio, los otros decretos— leyes de los mismos meses, restaurando las misiones de infieles y los conventos menores de religiosos que las sustenten, así como los otros restableciendo las capellanías militares en el ejército y los canonicatos, suprimidos en el año peligroso de 1826. A esto se agrega la proclamación en junio 1828, contra las anteriores declaraciones de la Constitución Boliviana, de que la Religión Católica Apostólica Romana es la 'Religión de los Colombianos y el código de los buenos'; y en la Constitución de 1830, de que es la Religión de la República. . .

Se ha dicho que todo esto, y la cristiana muerte del Libertador, no son sino la 'sombra' de su espíritu, la descomposición de su anterior grandeza político-social. Ciertamente que no tiene la prestancia espectacular del quinquenio de triunfos continentales: el horizonte se reduce, la Gran Colombia se cuartece, las instituciones parlamentarias parecen disolverse. Pero en el nuevo período de terribles prosáicas realidades, la concentración católica del Libertador, su retorno a las más nobles tradiciones de las Leyes de Indias españolas y sus cartas a León XII y a Pío VIII, revisten en la perspectiva histórica un valor de madurez imperecedera. En la psicología interior de Bolívar significan el triunfo de la verdad sobre los ensueños; de lo nativo, sobre lo extranjero; de lo eterno, sobre lo temporal.

P. DE LETURIA, S. J.

